



Reflection from the Pastor, Fr. Crespo Lape, MJ
Sixteenth Sunday in Ordinary Time– Year A

“The Grace of God’s Timing: When God Works in Silence...”

My dear friends, as I prayed with today’s readings, preparing my homily, I found myself marveling at the patience of God. We live in a world that wants instant results, instant justice, and instant answers. But God is different. He is strong, yet gentle; just, yet endlessly patient.

The Book of Wisdom reminds us that true power is not found in domination but in mercy. Because God is righteous, He gives every person time to grow, to change, and to return to Him.

I knew of a mother whose son had been living with his girlfriend for years. Whenever she suggested a church wedding, he would say, “Mom, that’s just a waste of time and money.” Yet she never stopped praying for him. One day, to her surprise, he approached her and said, “Mom, I want our relationship to be blessed by the Church. I want God to be part of our marriage.” Through tears of joy, she realized that while she had been patiently praying, God had been patiently working in her son’s heart.

That is the patience of God that we are talking about in today’s Gospel. Long after we think nothing is happening, God’s grace continues to work quietly, inviting hearts to return to Him.

Saint Paul takes us even deeper. There are moments when words fail us, when our hearts are tired and our prayers seem empty. Yet the Holy Spirit quietly prays within us, carrying to God the hopes and wounds we cannot express.

Then Jesus tells us the parable of the wheat and the weeds. Looking at a field, we may wish God would remove all evil at once. But God sees what we cannot see. He waits. He gives time. He protects the wheat while patiently inviting the weeds to become something more.

And perhaps that is the story of our own lives. None of us is pure wheat all the time. We all carry weaknesses, struggles, and unfinished conversions. Yet God does not uproot us. He nurtures us with His grace, His Word, His Spirit, and His Church.

God will never give up on us. He continues to work quietly, like a mustard seed growing into a great tree. If we remain faithful, trusting in His mercy and persevering in faith, then one day, as Jesus promises, “the righteous will shine like the sun in the Kingdom of their Father and that includes us, you and me.” Amen.

Reflexión del Pastor, Padre Crespo Lape, MJ
XVI Domingo Ordinario– Ciclo A

“La gracia del tiempo de Dios: cuando Dios obra en silencio...”

Queridos amigos, mientras oraba con las lecturas de hoy y preparaba mi homilía, me maravillaba ante la paciencia de Dios. Vivimos en un mundo que busca resultados, justicia y respuestas inmediatas. Pero Dios es diferente. Él es fuerte, mas lleno de mansedumbre; justo, pero infinitamente paciente.

El Libro de la Sabiduría nos recuerda que el verdadero poder no reside en el dominio, sino en la misericordia. Porque Dios es justo, concede a cada persona tiempo para crecer, para cambiar y para volver a Él.

Conocí a una madre cuyo hijo llevaba años viviendo con su novia. Cada vez que ella sugería una boda por la Iglesia, él respondía: «Mamá, eso es solo una pérdida de tiempo y dinero». Sin embargo, ella nunca dejó de rezar por él. Un día, para su sorpresa, él se acercó y le dijo: «Mamá, quiero que nuestra relación sea bendecida por la Iglesia. Quiero que Dios forme parte de nuestro matrimonio». Entre lágrimas de alegría, ella comprendió que, mientras ella rezaba pacientemente, Dios había estado obrando pacientemente en el corazón de su hijo.

Esa es la paciencia de Dios de la que hablamos en el Evangelio de hoy. Mucho tiempo después de que pensamos que no sucede nada, la gracia de Dios sigue actuando en silencio, invitando a los corazones a volver a Él.

San Pablo nos lleva aún más profundo. Hay momentos en que las palabras nos faltan, cuando nuestros corazones están cansados y nuestras oraciones parecen vacías. Sin embargo, el Espíritu Santo ora silenciosamente en nuestro interior, llevando ante Dios las esperanzas y las heridas que no podemos expresar.

Entonces Jesús nos cuenta la parábola del trigo y la cizaña. Al contemplar un campo, tal vez deseáramos que Dios eliminara todo el mal de inmediato. Pero Dios ve lo que nosotros no podemos ver. Él espera. Él da tiempo. Protege el trigo mientras invita pacientemente a la cizaña a convertirse en algo más.

Y tal vez esa sea la historia de nuestras propias vidas. Ninguno de nosotros es puro trigo todo el tiempo. Todos cargamos con debilidades, luchas y conversiones inconclusas. Sin embargo, Dios no nos arranca; nos nutre con su gracia, su Palabra, su Espíritu y su Iglesia.

Dios nunca se dará por vencido con nosotros. Él sigue obrando silenciosamente, como una semilla de mostaza que crece hasta convertirse en un gran árbol. Si permanecemos fieles, confiando en su misericordia y perseverando en la fe, entonces un día —como promete Jesús— «los justos resplandecerán como el sol en el Reino de su Padre», y eso nos incluye a nosotros, a ti y a mí. Amén.